



EL RENACIMIENTO = Y LA REFORMA =

LOS NUEVOS MUNDOS

(1492-1559)

CAPÍTULO PRIMERO CARLOS PEREZ MALDONADO,
MONTERREY, MEXICO.

LA ITALIA DEL RENACIMIENTO

DE INOCENTE VIII Á LA MUERTE DE PABLO IV

(1484-1559)

I.—Generalidades sobre la Italia del Renacimiento

EL RENACIMIENTO.—El Renacimiento no fué sólo una obra de literatos y artistas, un retorno del espíritu humano á la literatura completamente racional y á los modelos del arte antiguo. Fué especialmente una renovación de la vida moral, una nueva manera de concebir el mundo, una teoría original de la sociedad y de la vida pública, una tradición de libertad en las relaciones del cristiano con la Iglesia. Italia se emancipó prontamente de la rígida disciplina y de los angostos límites impuestos al individuo por la Edad Media. De espíritu eminentemente *realista*, había preferido el derecho romano á la escolástica. Las expediciones de sus

ciudades marítimas, el comercio de las civilizaciones bizantina y árabe le dieron la noción clara de las cosas lejanas; las agitaciones, las guerras de clases de sus municipios, educaron su sentido de las realidades políticas. Desde la Edad Media, obligado el italiano por los disturbios civiles á vivir siempre vigilante, desarrolló la flexibilidad, astucia y desconfianza propias de su raza, comprendiendo que el espíritu es una fuerza, la más pujante de cuantas existen: fué el primero que en Occidente tuvo el espíritu *moderno*. Oprimido en todo el resto del mundo, el individuo apareció en Italia como el libre artífice de una civilización muy análoga á la antigua. Este individualismo empezó por manifestarse con mayor energía en la trans-

formación del orden político. La primera obra creada por el Renacimiento fué el Estado moderno, el principado absoluto.

LA «VIRTU».—En Italia, el jefe del Estado, el *tirano*, no reinó ya, como los príncipes de la Edad Media, por delegación divina, pacto feudal ni tradición de dinastía nacional. Fué un hombre nuevo, el señor que se impuso á un municipio ó á una provincia, por violencia ó por sorpresa, y á veces por el valor de los servicios prestados. Procedía de origen señorial, como los Malatesta ó los Este, ó era un condotiero afortunado como Francisco Sforza, ó un banquero hábil como los Médicis. Sólo valía por su genio personal, por sus hazañas militares ó por su diplomacia. Acusado á todas horas por los conspiradores del antiguo partido municipal, por sus deudos, por el papa, por el emperador ó por el rey de Francia, hallábase condenado á una acción sin tregua, á un despotismo excesivo. La única garantía de su poder era la manera de ejercerlo. Desde Federico II conocióse en Italia el ideal de semejante régimen. El tirano era la resultante de todas las energías vivas del Estado—la justicia, los impuestos, la policía—; no tenía más patria que su dominio particular. Su cancillería era el centro de la red administrativa que envolvía á todo el Estado; sus súbditos eran sus colonos y su capricho la ley suprema.

La *virtu* (palabra que no puede traducirse á ningún idioma) era la cualidad soberana del tirano. Maquiavelo la expone teóricamente en *El Príncipe*, citando el ejemplo de César Borgia. El perfecto *virtuoso* es simultáneamente león y zorro, déspota hasta la crueldad y solapado hasta la más vil trapacería; la lealtad y la dulzura se hallan divorciadas en absoluto de la *virtu*. Además, ésta exige acciones brillantes, difíciles, urdidas pacientemente, llevadas á cabo con sangre fría y (por execrable que sea el crimen que entrañan) consumadas con alma serena y rostro tranquilo. El *virtuoso* no reconoce límites á sus concupiscencias. *Aut Caesar, aut nihil*. No compromete su fortuna con imprudentes apresuramientos: «Lo que no se ha hecho al comer, se hará al cenar.» Venecido y desesperado, el *virtuoso* no humillará

su orgullo. «Aunque estuviere con el agua al cuello—decía César Borgia—no imploraría la amistad de quienes hoy no son aliados míos.» Satisfaciale haber sido un día el *hombre singular* (*uomo singolare*) y haber asombrado á su siglo. Teniendo el cuchillo del verdugo suspenso sobre su cabeza, el joven Olgiato, asesino de Galeas María Sforza, exclamó: «*Mors acerba, fama perpetua!*» Y mientras aguardaban la gloria póstuma, los virtuosos sentíanse sostenidos por la conciencia de sus contemporáneos. Pablo III decía de Cellini, que algunas veces ensangrentó con sus crímenes las calles de Roma: «Los artistas del mérito de Benvenuto son superiores á las leyes comunes.»

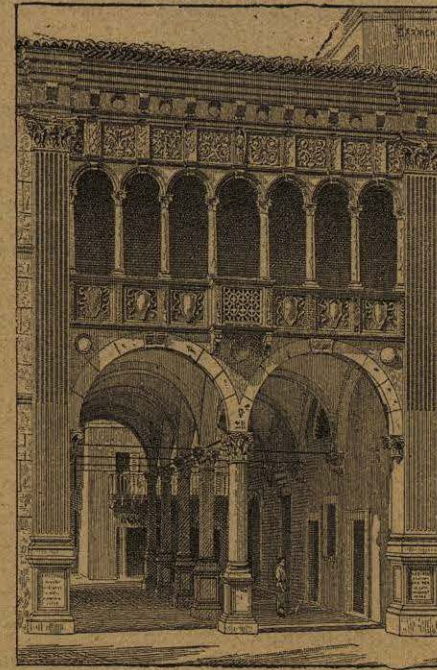
EL CONDOTIERO Y LA GUERRA.—El capitán mercenario, jefe de soldados aventureros, era un personaje importantísimo en la Italia del Renacimiento. El ejército nacional no existía en la Península; las milicias municipales habían desaparecido con los municipios, y la caballería era incompatible con la tiranía. Los príncipes tomaban á sueldo á los combatientes y pagaban á muy altos precios al general de quien desconfiaban, porque sabían que, terminada la campaña, era capaz de pasarse al enemigo. Así ocurrió frecuentemente en Venecia, Milán, Florencia y Roma. Algunas veces el condotiero era un tiranuelo pagado por un vecino poderoso. Era venal, muy valiente, diestro en todas las artimañas de la guerra y muy dueño de sí mismo. Reclutaba sus soldados entre los vagabundos procedentes de todos los puntos de la cristiandad, que se batían sin entusiasmo, y en ocasiones por el terror, en defensa de una ciudad extranjera. Solía afectar moderación y dulzura. El labriego Jacobo Sforza decía á su hijo Francisco: «No cortejes á la mujer ajena; no descargues tu ira sobre ninguno de los tuyos, ó si te ocurre, aléjale pronto de tu lado. Nunca cabalgues en un caballo duro de boca ni expuesto á perder las herraduras.» El condotiero fué el precursor del ejército moderno. Para la partida mercenaria, el valor y la experiencia del general constituían un impulso tanto más poderoso cuanto que la invención de las armas de fuego había trastornado la antigua táctica feudal y las condiciones de un sitio. El

condotiero fué siempre uno de los grandes peligros de la tiranía, pues hallábase dispuesto á toda usurpación. César Borgia y Maquiavelo intentaron organizar, aquél para Roma y éste para Florencia, un ejército alistado y disciplinado en el mismo territorio: Maquiavelo pensaba que César llegó á ser formidable el día en que «reclutó un hombre por cada casa». Pero ninguno de los dos pudieron llevar á cabo su proyecto. En vísperas del saco de Roma, Italia cifró durante algunos días sus esperanzas en un condotiero, en un Médicis, en Juan el de las *Partidas negras*. Éste fué el último gran capitán aventurero del Renacimiento.

LA DIPLOMACIA.—La diplomacia era para los gobiernos italianos un factor mucho más importante que los contingentes militares. En todas las capitales italianas, cada Estado sostenía un orador, agentes secretos y espías. Excepto en Venecia y Génova, la política dependía en todas partes del carácter y de los intereses del príncipe, de sus afectos y de sus odios; así el diplomático italiano se consagraba á escrutar el alma del tirano en cuya corte residía. Espiaba sus palabras y su fisonomía, atrayéndose en la corte un núcleo de servidores officiosos que le revelaban los secretos de la casa. Las notas de los embajadores abundan en revelaciones de índole puramente doméstica, porque á Florencia le importaba saber si César estaba de buen humor, y á Venecia enterarse del estado de salud de Alejandro VI. En Roma, donde se complicaban y resolvían los asuntos italianos, la acción diplomática era curiosísima. Cada embajador tenía, en los consejos del papa, uno ó dos representantes oficiales de su gobierno, que eran los cardenales sus compatriotas. Celebraba numerosas confe-

rencias secretas con ellos, aventurándose á veces á visitar á algún cardenal de un Estado enemigo. En otras ocasiones departía con el mismo pontífice, asistía á las ceremonias papales, figuraba entre el séquito del jefe de la Iglesia, se deslizaba en su oratorio ó en sus habitaciones privadas. Los *Dispacci* de Antonio Giustinian, orador de Venecia cerca de Alejandro VI, integran toda una psicología de la Iglesia romana y de su jefe.

Algunas cartas son verdaderas escenas de alta comedia, donde Giustinian habla *in generalibus*, ó apremia al papa para que se franquee con él *de particularibus*. Cuando deseaba obtener alguna confidencia, hacía el elogio de César; el papa sonreía, se alegraba y accedía á lo solicitado. Mas si le amenazaba una crisis grave, Alejandro sabía emplear un tono de suprema nobleza: «Embajador, hablad libremente; aquí sólo estamos Dios, yo y vos.» Era estupenda la actividad de los oradores. Maquiavelo siguió á caballo una campaña de invierno de



Fachada de la prisión de Brescia, construida en la segunda mitad del siglo XV

César en Romaña. Durante la última enfermedad de Alejandro VI, Giustinian conferenció asiduamente con el cardenal de Nápoles, cuyo monarca español era entonces árbitro de Italia. Á diario enviaba á Venecia tres ó cuatro correos que, á uña de caballo, transmitían los partes concernientes al estado de salud del papa moribundo.

Evidentemente, el horizonte político de aquellos diplomáticos era muy limitado. Todo su arte se cifraba en burlar intrigas de palacio ó de alcoba, en obstruir insignificantes alianzas, en conspirar contra un colega italiano, en destruir las probabilidades de un cardenal papable. Sólo uno fué verdaderamente genial desde el punto de vista político, acertando á discernir, más allá de

las fronteras de Florencia y de Italia, el estado de los negocios europeos: hemos nombrado á Maquiavelo. Sus legaciones y sus viajes allende los Alpes permitiéronle prever las ambiciones y el porvenir de las grandes naciones. Impulsado por el sentido histórico y el culto literario de Italia, así como por la tradición de Dante y del Petrarca, se esforzó, por patriotismo, en inquirir hacia qué alianzas debía orientarse la diplomacia general de la Península y cuál sería la situación de su país en el juego de la sociedad europea.

EL PAPADO: EL NEPOTISMO.—En Roma fué donde el poder tiránico revistió el aspecto más original. Aunque la Santa Sede era la más arcaica representación de la autoridad, hacía dos siglos que ciertas circunstancias inevitables habían modificado su influencia. Al pontífice de la Edad Media, incesantemente despojado, sustituyó un príncipe eclesiástico, cada vez más dueño de sus Estados y temible para las facciones feudales, pero que á diario perdía algo de su primacía religiosa. Federico II y las *fratricelle* revolucionarias, Felipe el Hermoso, Aviñón, el cisma, Juan Huss, los concilios del siglo XV y el fracaso de las grandes empresas pontificias—por ejemplo, la conversión de la Iglesia griega y la cruzada contra los turcos—precipitaron la decadencia del obispo universal. El Papado se replegó, pues, en su poder temporal, y siguiendo la evolución general de la Península, degeneró en un principado italiano. Su posición central y lo que aun restaba de su autoridad mística sobre la cristiandad hacía de los papas, á fines del siglo XV, la clave de toda la política interior y exterior de Italia. No obstante, su condición de realeza electiva imponía al Papado una difícil misión en el concierto italiano. El papa, viejo y sin la garantía dinástica, hallábase condenado á vivir siempre preparado á la defensa. Los cardenales de las anteriores familias pontificias deseando recobrar la tiara; los nobles, que pensaban en el próximo conclave, y los príncipes italianos, abrumaban con mil intrigas al príncipe de la Iglesia, cuya sucesión parecía siempre á punto de vacar. Obligado á seguir una política expuesta á incesantes cambios (gracias á la inestabilidad de los intereses

italianos á los cuales afectaba), el papa tuvo que ejercer sobre el Sacro Colegio, para conservar su dominio en Roma, una policía terrible, ahogar en sangre, ya á los Colonna, ya á los Orsini, destruir sin misericordia á los tiranuelos que quedaban en el estado eclesiástico, pactar y deshacer alianzas, rebelarse hoy contra el aliado de ayer, comprar una infantería suiza, y por último, solicitar el apoyo del extranjero, de Francia, del Imperio ó de España. Desde Pío II hasta Pablo IV, la Santa Sede giró en torno de este círculo vicioso, arrastrando en su vértigo á toda Italia.

La única labor que, á partir del pontificado de Sixto IV, mereció constantemente su actividad, fué el nepotismo, de muy remota tradición, pues Dante acusaba ya á un papa Orsini de enriquecer á sus parientes. En la Italia principesca, el nepotismo fué casi una necesidad. Los papas creaban, en beneficio de sus sobrinos ó sus hijos, dotados de importantes feudos ó casados regimiento, una especie de dinastía, acrecentando al mismo tiempo la soberanía de la Iglesia por parte de Nápoles, de Florencia ó de Venecia. En tiempo de Sixto IV, Alejandro IV, León X, Pablo III y Pablo IV, el nepotismo trastornó á Italia, faltando poco para que destruyese á la Iglesia. Pietro Riario, hijo de Sixto IV, concibió la idea de heredar la tiara en vida de su padre. Otro tanto ambicionó César Borgia, apoyado por su padre Alejandro VI, que á tal fin se esforzó por conservar á su hijo la amistad de Venecia. Este pontífice hubiera secularizado el reino de San Pedro para fundar con Romaña, Sena y Perusa una soberanía de la Italia Central. Así decía Maquiavelo poco después de finado Alejandro: «Pensando acerca de las consecuencias que forzosamente implicaría la muerte del papa, encontré remedio para todo; pero lo único que no se me ocurrió fué que, fallecido el pontífice, pudiera á mi vez encontrarme moribundo.»

Con semejante régimen, el Sacro Colegio perdió toda autoridad legítima, y los cardenales se dedicaron entonces á la política. Eran partidarios de los Orsini, los Colonna, los Rovere, los Borgia, los Médicis ó los Farnesio; preparaban los conclaves con

conspiraciones de camarilla, y después de reunidos bajo la invocación del Espíritu Santo, solamente pensaban en vender su voto al más alto precio posible. Dirigía la elección algún cardenal afecto á una de las grandes potencias; pero el futuro elegido debía pagar anticipadamente á los electores ó garantizarles pingües dignidades. La elección de Borgia, por ejemplo, se debió á las intrigas de los cardenales Sforza y Orsini, adictos á España, contra Rovere, sostenido por Francia y Génova. Borgia entregó á Sforza varios mulos cargados de dinero, su palacio y su mobiliario, sus beneficios y la vicecancillería de la Iglesia; á Orsini sus feudos, á Colonna la abadía de Subiaco y sus castillos, á Michael el rico obispado de Porto, y á Savelli Civita-Castellana. El patriarca de Venecia, cuya trémula cabeza decía siempre que *sí*, se conformó con 500 ducados.

Aquellos papas holgazanes habrían reinado en paz sobre un Sacro Colegio simoníaco; pero los pontífices del Renacimiento, condenados á la política de familia, tuvieron que luchar con muchos de sus cardenales. Á cada elección, el electo juraba ante éstos las capitulaciones en cuya virtud, según los cánones de los concilios de Constanza y Basilea, abdicaba, en favor del Colegio, las más importantes prerrogativas del gobierno de la Iglesia.

Aquellas asambleas se propusieron fundar la monarquía eclesiástica parlamentaria; pero apenas coronado el papa, olvidaban sus juramentos y recobraban la plenitud del poder absoluto. Por su parte, los cardenales procuraban sustraerse á la autoridad pontificia. Cada cual, considerándose *papable*, desconfiaba de todos sus colegas, solicitaba el apoyo de los Estados italianos ó del extranjero, y á veces conspiraba contra su jefe. Encerrados en sus palacios fortificados, donde en muchas ocasiones se guarnecía un pequeño ejército con su artillería, rodeados de centenares de criados y de *bravi*, repro-

ducían los atropellos más atroces del antiguo feudalismo romano. Escortados por sus parientes y por espadachines, salían á caballo, con la espada al cinto y luciendo bruñidas corazas. En los alrededores de sus posesiones sostenían á gentes hambrientas, dispuestas á todo género de desmanes, protegían á los criminales con el derecho de asilo, y dificultaban en sus feudos la justicia pontificia. Los partidarios de los cardenales Savelli y Colonna se batían con los adictos del cardenal La Balze. Los príncipes de la Iglesia, ahitos de prebendas, pero arruinados todos los años por las fiestas carnalescas, vivían entregados al juego, aunque no sin corregir con mano diestra los azares de la suerte.

Tal era Roma en los últimos años del siglo XV. El clero bajo se relajaba, mofándose de los santos misterios. Según afirma Lutero, los sacerdotes reíanse de la hostia consagrada en el altar. Aparentemente, Italia no lamentaba aquel naufragio del cristianismo; al fin y al cabo suya era aquella Iglesia, y desde largo tiempo atrás, los más sesudos cristianos de la Península, indiferentes á las cosas del orden eclesiástico, se habían acostumbrado á comulgar directamente con Dios. Ahora bien; aquella ruina de la fe en el mismo santuario del catolicismo desconcertaba á los ultramon-

tanos franceses, alemanes y españoles. Cuanto más se mortificaba en este mundo el reino de los vicarios de Jesucristo, tanto más perdía la Iglesia romana en orden al gobierno de las almas.

EGOÍSMO DEL «MECENADO».—No obstante, los papas seguían ocupando el primer lugar como patronos intelectuales del Renacimiento. El *Mecenado* fué uno de los efectos más singulares de la tiranía italiana. El tirano, hombre nuevo, hijo de sus obras, agrupaba á su alrededor á aquellos cuya nobleza era absolutamente personal—artistas, poetas y humanistas—, garantizábales la fortuna y la gloria, y ellos le inmortalizaban para lo presente y lo porvenir. El *Mecenado* fué, no



Fragmento de la puerta de Cremona. Obra de la segunda mitad del siglo XV. (Museo del Louvre)

sólo un adorno, sino también una fuerza de opinión para la tiranía. Consolaba á las ciudades de sus franquicias perdidas, sostenía en torno del príncipe un núcleo de adictos dispuestos siempre á adularle y que servían de norma á la opinión pública. Precisa notar, sin embargo, que el despotismo, aun siendo muy culto, siempre adoptó sus precauciones contra las libertades del espíritu. En todos los Estados brillaron los pintores, escultores y arquitectos, porque las artes gráficas no solían ser revolucionarias. Muy al contrario, solamente en Venecia vivían tranquilos los literatos, filósofos y humanistas. En el siglo XVI, la imprenta de los Aldos fué el centro de reunión de los hombres que pensaban libremente en toda Europa. Fernando en Nápoles y Ludovico el Moro en Milán, protegían únicamente á los poetas cortesanos y á los cronistas mediocres. En Florencia, en la corte de Lorenzo el Magnífico, la filosofía platónica, indiferente á las cosas contingentes y á la vida pública, reprodujo sus inofensivas fantasmagorías; pero los Médicis, contemporáneos de León X, dejaron que Maquiavelo languidiese en la desgracia y que el Ariosto, cuya pluma parecía hartó acerada, no lucrara de su entrevista con el papa más que «un beso sagrado en cada mejilla».

Además, los poetas, como los pintores, aplaudían unánimemente la civilización creada por sus amos. El Ariosto saludaba en el linaje de los Este á los más legítimos representantes del principado italiano. El Pinturicchio daba á una *madonna* el rostro algo inexpresivo de Lucrecia Borgia. Rafael, fiel á la placidez de la escuela de Umbría, sólo presentaba á León X las imágenes de un cristianismo risueño y seguro del porvenir. El pintor de la Sixtina fué el único que se atrevió á exponer ante Julio II la gravedad de sus sibilas y la tristeza de sus profetas, pero aquel pontífice, aunque poseía el instinto de la grandeza, no comprendió el simbolismo de Miguel Ángel.

IMPOSIBILIDAD DEL CONCIERTO ITALIANO.—«Italia—decía un papa del siglo XVI—es una lira con cuatro cuerdas: Roma, Venecia, Florencia y Milán.» Las cuatro cuerdas sonaban antes acordes; pero desde el tiempo

de Nicolás V se había roto la armonía. Siempre que una de aquellas potencias se constituía en el foco de un sistema de alianza con los tiranos de segundo ó tercer orden—Ferrara, Bolonia, Sena, Rímini, Urbino ó Mantua—, se alarmaba el resto de Italia, alzándose un clamor que denunciaba la asechanza contra la Península y la proyectada implantación de la «monarquía única». Es muy extraño que el temor á una realza italiana perturbara tan hondamente los espíritus en una época en que el sentimiento de la patria había desaparecido de todas las conciencias. Desde este punto de vista, todos los grandes tiranos desconfiaban unos de otros. Á fines del siglo XV se acusaban recíprocamente los Sforza y los Aragón. No obstante, Venecia inspiraba los mayores recelos, aunque no tuviera más que un angosto punto de apoyo en tierra firme; pero era rica, amiga de Francia y fuerte por su diplomacia en los Consejos de Europa. Guicciardini afirma que Cosme de Médicis, ayudando á Francisco Sforza á erigirse tirano de Milán, «salvó la libertad de toda Italia, que Venecia hubiera esclavizado». El mismo historiador ha escrito esta máxima, que explica admirablemente la preocupación italiana contra Venecia: «La República no concede la libertad más que á sus propios ciudadanos.» Con Venecia no podía tratarse de confederación, sino de vasallaje. Un pacto acordado entre los tiranos de Romaña, los Gonzaga, los Este, Francia y la República de San Marcos, habría sido la ruina de los demás príncipes. El italiano no temía menos la unión de Venecia con la Santa Sede, á causa de la estrecha afinidad de aquellos dos Estados, donde el poder era efectivo, la sociedad patricia é inmutables las tradiciones de gobierno. Poco tiempo antes de morir, Alejandro VI llevó á cabo varias negociaciones para aliarse con Venecia; pero la Señoría, segura de sobrevivir á los Borgia, no se dignó prestarle atención.

II.—Los Estados italianos

INOCENTE VIII (1484-1492).—Muerto Sixto IV, el pueblo romano incendió los palacios de sus sobrinos, los Riazos y los Rove-

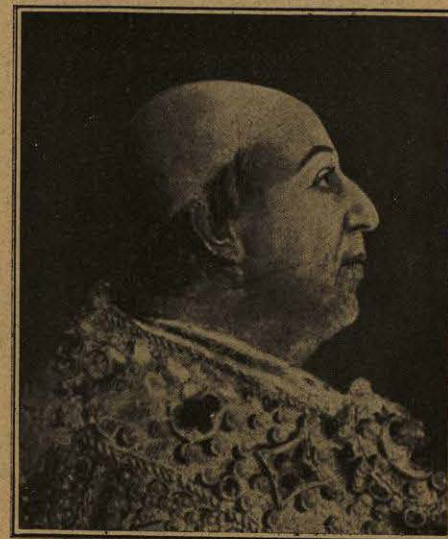
re, mientras que las facciones de Orsini y Colonna se acuchillaban en las calles. Á causa de haberle vendido Borgia sus votos, fué elegido el genovés cardenal Cibo. Amañó la elección Julián de la Rovere, sobrino de Sixto IV, que durante dos pontificados había de ser el personaje más influyente y peligroso del Sacro Colegio. Inocente VIII se apresuró á reanudar el sistema de las alianzas con Venecia y Génova; sostuvo la rebelión de los barones napolitanos contra los reyes de Aragón, aliados de Florencia y de Milán, y amenazó á Fernando I con la restauración de una dinastía francesa. Los Orsini se pasaron al partido del rey de las Dos Sicilias, y los Colonna y los Savelli al del Papa. Entonces se reprodujo la guerra civil en Roma y el Lacio. El pontífice, temiendo la entrada de Virginio Orsini, solicitó el concurso de los bandoleros y asesinos desterrados por Pablo II y Sixto IV, invadiendo entonces la ciudad los más temibles malvados de toda Italia. Venecia denunció bruscamente

la alianza y negó su contingente. Alfonso de Aragón se apoderó de la campiña romana. Cuando el hambre diezmó á Roma y el incendio destruyó toda la urbe y sus alrededores, hasta el mar y las montañas, el Pontífice pidió la paz, dejando que los barones del Mediodía fueran víctimas del furor de su tirano que, atrayéndoles á una emboscada, mandó degollar á todos.

Esta política belicosa se avenía mal con el carácter de Inocente VIII, que era un príncipe tímido. Usureros por temperamento, su hijo Franceschetto y sus sobrinos sólo pensaban en enriquecerse. Á este fin, y como por aquel entonces pululaban en Roma los sicarios, inventaron una tarifa para los asesinatos, cuyo arancel garantizaba la impunidad de los criminales. Franceschetto cobraba 150 ducados por cada homicidio.

En 1490, próxima ya la muerte del Papa, su hijo se apoderó del tesoro de la Iglesia, cuya caja rescataron los cardenales en el camino de Toscana. Inocente VIII mandó apuñalar inútilmente, para dar un patrimonio á su hijo, á Girolamo Riazos, tirano de Forei. Su viuda, Catalina Sforza, *virgo crudelissima*, según la frase de Sañudo, se encerró en la ciudadela, defendiéndose contra el populacho hasta la llegada de las tropas de Bolonia y Milán. Franceschetto hubo de contentarse casándose con la hija de Lorenzo de Médicis, el banquero más rico de Italia.

Éste, al enviar á Roma á su hijo el cardenal Juan, de doce años, decía: «Vas á la sentina de todos los vicios; te será difícil vivir decentemente.» Asombráronse las gentes viendo al Papa reconocer públicamente á sus hijos. Á lo menos, Sixto IV llamaba sobrino á Girolamo. Fernando de Nápoles denunció al emperador los escándalos del Pontificado, y rogó á Federico III que inter-



Alejandro VI en el luneto de la Resurrección, por Pinturicchio

viniera para salvar á la Iglesia. El hallazgo de la lanza de la Pasión, restituida al papa por Bayaceto II, no sirvió de gran consuelo á la cristiandad: Borgia mostró á Roma la preciosa reliquia desde lo alto de las *loggie* de San Pedro. Algunos días después agonizaba Inocente. Su médico, que era judío, intentó para reanimarle el criminal experimento de la transfusión de la sangre de tres muchachos en las venas del moribundo. Infesura dice: «Murieron los niños, huyó el judío y el papa entregó el alma.»

ALEJANDRO VI (1492-1503), LA FAMILIA BORGIA: PRINCIPIO DEL REINADO.—En la noche del 10 al 11 de Agosto de 1492, el nombre de Rodrigo Borgia, vicescanciller de la Iglesia, salió del cáliz electoral, y el cardenal de Médicis murmuró al oído de su vecino de conclave: «Ya estamos en la boca

del lobo, que nos devorará á todos si no encontramos el medio de escaparnos.» Aquel reinado anunciábase amenazador para Italia. Desde la muerte de Pablo II, Borgia, sobrino de Calixto III, aguardaba impacientemente ceñir sobre sus sienes la tiara pontificia.

El nuevo papa era un jurisconsulto de regular cultura, el más rico de los cardenales, y un gran señor mundano, «de elevada estatura—dice Gaspar de Verona—siempre risueño, de negros ojos, rojos labios y robusta salud, y cuya magnética mirada atraía á las mujeres». Había tenido de la romana Vanozza Catanei aquellos siete ú ocho hijos que educó oficialmente y que formaron la familia pontificia: Pietro Luigi, muerto en 1491; don Juan, duque de Gandía; César, Lucrecia y Jofre. En 1489 había tomado como favorita á Julia Farnesio, joven prometida de un Orsini que, con el capelo cardenalicio alcanzado por su mediación para su hermano Alejandro (el futuro Pablo III), fundó la grandeza política de su raza. Aquella dinastía de los Borgia, insaciable, codiciosa de los bienes temporales, constituyó desde el primer día el tormento de Italia. Aun vivía en España don Juan, el menos peligroso de los Borgia; César, de diez y seis años de edad, estudiante en la Universidad de París, fué nombrado arzobispo de Valencia y cardenal. Sucesivamente ingresaron en el Sacro Colegio todos los sobrinos y primos. Lucrecia, prometida ya en matrimonio á dos pretendientes, se casó con Juan Sforza, tirano de Padua. Jofre, de nueve años, arcediano de Valencia, abandonó presto el estado eclesiástico para desposarse en 1496 con Sancha, nieta natural del rey Fernando de Aragón. Con estos dos primeros enlaces, Alejandro acercábase á un tiempo á Nápoles y á Milán. Los matrimonios de sus hijos señalaron siempre su orientación política. Durante más de dos años su conducta fué vacilante. En Abril de 1492 había muerto Lorenzo el Magnífico, que en un lapso de varios años mantuvo con su diplomacia el equilibrio de Italia. Á su muerte, Florencia perdió la hegemonía moral de la Península. Durante aquel primer período de su reinado, el papa contrajo alianzas contradictorias con los Aragón y los Orsini;

después con los Sforza, Venecia, Sena, Ferrara y Mantua; luego otra vez con los Aragón y los Orsini. Creyendo roto el equilibrio de Italia, Ludovico el Moro, los Colonna y el cardenal Rovere solicitaron la intervención extranjera. Rovere marchó á Lyon, donde decidió á Carlos VIII á franquear los Alpes.

Entonces desapareció de la escena el único príncipe capaz de agrupar contra el invasor á los Estados de las tres cuartas partes de la Península. Murió Fernando (dice Burchard, capellán de Alejandro VI) *sine luce, sine cruce, sine Deo*. Su hijo Alfonso II, trapacero y vil, era el último defensor de las libertades nacionales. Al acercarse los franceses, Pedro de Médicis y Venecia adoptaron una prudente neutralidad; pero todos los tiranuelos habíanse entregado ya á los Sforza y á Francia. En pocos meses se verificó desde el Norte al Mediodía una verdadera descomposición política. Enloquecidos el papa y Alfonso, suplicaron al sultán Bayaceto que les socorriera. El Gran Turco contestó en una carta (conservada por Sañudo y Burchard) que «importaba *al honor del Padre Santo* dar muerte á su hermano Djem (preso en el Vaticano desde el tiempo de Inocente VIII), y eso lo antes posible y del modo que mejor plazca á Vuestra Santidad». De tal suerte librábase Djem «de las angustias de esta vida, y su alma pasaría á un mundo más dichoso». El sultán pagaría aquel servicio con 300.000 ducados y su amistad. Efectivamente, pronto falleció Djem en Nápoles, entre el séquito de Carlos VIII, «de cosas—dice Burchard—que no convenían á su estómago». Entretanto Ludovico mandaba matar á su sobrino, señor legítimo de Milán, y perdiendo á su vez la cabeza, traicionaba secretamente al rey. El papa negociaba á un tiempo con todo el mundo: con el emperador contra el rey, con el rey contra la Iglesia y el concilio con que le amenazaba la cristiandad. Armaba en Roma á burgueses y españoles, ocultaba sus alhajas y tiaras en Santángelo y mandaba ensillar caballos para huir, sin saber adónde. Al comunicársele que un destacamento francés había raptado cerca de Viterbo á Julia Farnesio, se lo abandonó todo á Carlos VIII: el

paso por Roma, las Dos Sicilias, Ostia, Civita-Vecchia y su hijo César. En 1.º de Diciembre de 1494, el monarca devolvió á la joven, que fué recibida en la puerta del Popolo por el mismo papa á caballo, «luciendo negro jubón de franjas de oro, banda á la española, espada, botas españolas y un airoso birrete de terciopelo negro».

Alfonso II había huído á Sicilia con su tesoro. Ludovico dijo al embajador de Ferrara: «Aguardo el correo con la noticia de que han prendido y decapitado al papa.»

El rey atravesó á Roma, y sin que se le opusiera resistencia, se apoderó de Nápoles. Mas á espaldas suyas, Alejandro VI pactaba con Milán, Venecia, España y el emperador la liga, que fué el preludio de las guerras por el equilibrio europeo. Al retroceder Carlos VIII, el papa huyó á Perugia con el Sacro Colegio y los embajadores. Al día siguiente, de Fornova (Junio de 1495), regresó á su metrópoli, pudiendo contemplar las ruinas esparcidas por Italia: los Sforza estaban convictos de alta traición contra la Península

y quebrantados en Lombardía; los Médicis expulsados de Florencia; los de Aragón deshonrados y obligados á sitiar las fortalezas de su reino y la sucesión de aquella dinastía española, franqueada irremisiblemente en beneficio de España. Sólo Roma y Venecia permanecían intactas. En aquella decadencia de las viejas tiranías, Alejandro entrevió la ocasión de defender un Estado nuevo, una soberanía que, á base de la Iglesia, sería presto el árbitro de la Península. En aquel momento no esperaba nada del extranjero: la ridícula expedición de Maximiliano contra Florencia (1496) delataba la impotencia del Imperio; creía muy lejana á Francia y no presentía la intervención de España. En su consecuencia, entregó á su primogénito don Juan el patrimonio de San Pedro y los feudos de los Orsini, que

habían ayudado á Carlos VIII. Fracasada una empresa militar de Juan y del duque de Urbino contra Bracciano, y perseguidos los soldados pontificios hasta los mismos muros de Roma, Alejandro se vió obligado á firmar una paz poco honrosa y á restituir á los Orsini el derecho de ser los únicos señores de sus dominios. No obstante, los Borgia eran unos intrigantes habilísimos. César, el gran *virtuoso* de la familia, acababa de despojarse del traje de cardenal y se disponía á secuestrar el gobierno de los negocios eclesiásticos y á ofrecer á la cristiandad un espectáculo inolvidable.

CÉSAR BORGIA, SEÑOR DE ROMA.—César se apresuró á romper el vínculo que unía á su raza con los Sforza. Á tal fin dispuso el asesinato de su cuñado Juan de Pésaro, que avisado á tiempo por Lucrecia, huyó á caballo. El papa declaró nulo el matrimonio, y Lucrecia, que era la mujer más vulgar y más débil del mundo, se recluyó en el convento de monjas de San Sixto para llorar á su marido. Luego, César se preparó á ser el hijo ma-



César Borgia, retrato atribuido á Rafael

yor, el presunto heredero de Alejandro. El 14 de Junio de 1497 cenó con su hermano Juan cerca de San Pedro de los Lazos, en casa de su madre Vanozza. Á media noche, los dos hermanos bajaron á caballo por la parte de Ghetto, llevando César á la grupa á un hombre enmascarado que, desde hacía un mes, le acompañaba á todas partes. Cuando se separaron, el incógnito personaje siguió á don Juan, que nunca volvió á pisar el Vaticano; en el sitio donde se despidieron los dos hermanos se encontró mortalmente herido al criado de don Juan. El día 15, inquieto Alejandro, mandó buscar á su hijo. Registráronse los palacios de los nobles sospechosos de ser enemigos de los Borgia. Por la noche, un tal Sclavo contó que, oculto en el fondo de una barca á la altura de Ripetta, había visto al amanecer salir de